

FRANCISCA MASCHERONI

# La niña que construía barquitos de papel

La infancia de santa  
Francisca Cabrini



Ilustraciones de  
**PAULA FORMICA**



El libro que lee el papá tiene un título difícil:  
Anales de la propagación de la fe.

Cechina desconoce lo que significa. Pero las his-  
torias son interesantes: hablan de los misioneros,  
hombres y mujeres valientes y emprendedores,  
que viajan por el mundo para dar a conocer a  
Jesús y ayudar a todos los que lo necesitan.



“Cuando sea grande yo también lo haré”, piensa Cechina muy convencida.

Cierto día le confió a su mamá esta idea.

Ella le dio un beso en la frente, sobre sus rubios rulitos: “¡Qué grandes sueños tiene esta mi pequeña niña!”, le dijo después sonriendo.



A veces, digamos la verdad, Rosa es demasiado energética y la hace sufrir. Pero no lo hace a propósito. Cechina lo sabe, y soporta pacientemente que su hermana termine de peinarla.





Y está firmemente convencida, porque cuando recuerda su caída en el torrente ¡le viene piel de gallina por el susto!

Por eso dice decidida: "Sabrás que jamás subiré a una nave en mi vida".

En cambio...



## He aquí su vida



Francisca Cabrini nació en Sant'Angelo Lodigiano, provincia de Lodi, el 15 de julio, de una modesta familia de agricultores. Sus padres, Agustín Cabrini y Stella Oldini, son conocidos en el pueblo porque son muy religiosos y están siempre prontos a dar la mano a quien lo necesita.

Ambos se preocupan mucho por la educación de los hijos. Francisca completa el ciclo de estudios de Maestra Normal y, su hermana Rosa, se diploma en el Instituto Magistral con óptimas notas: ¡un nivel muy importante, en una época en la que difícilmente las jóvenes llegaban a frecuentar niveles superiores!

Al poco tiempo fue llamada a desempeñarse como maestra en la escuela elemental de Castiraga Vidardo, una localidad cercana a Sant'Angelo, y allí permaneció dos años.

En 1870, cuando tenía solamente veinte años, murieron sus padres, a distancia de pocos meses el uno del otro. Dos años después, ella contrae una grave enfermedad, la viruela, que debilitará para siempre su salud. Fue un período triste, en el que Francisca ora y reflexiona mucho. Madura siempre más profundamente en ella el deseo de dedicar su vida a Dios y a las personas necesitadas.